

PASTORES QUE GENERAN PASTORES

Descubrir . Promocionar . Desarrollar

Jose M^a Baena Acebal

Editorial CLIE
www.clie.es



EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2024 por José M^a Baena Acebal

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2024 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas, salvo indicación en contrario, pertenecen a la Biblia RVR1995. Las cursivas introducidas en las citas pertenecen al autor.

Pastores que generan pastores

ISBN: 978-84-19779-15-1

Depósito Legal: B 5872-2024

Ministerios cristianos

Recursos pastorales

REL074000

Impreso en los Estados Unidos de América / Printed in the United States of America

Acerca del autor

José Ma^a Baena Acebal graduado en Teología por la Facultad de Teología de las Asambleas de Dios; Diplomado en Enseñanza Religiosa Evangélica por el CSEE (España) y Pastor del Centro Cristiano Internacional Asambleas de Dios, de Sevilla (España). Profesor de Enseñanza Religiosa Evangélica (ESO) y de la Facultad de Teología de las Asambleas de Dios en La Carlota (Córdoba). Ha sido Presidente de las Asambleas de Dios en España y de la Federación de Entidades Religiosas Evangélicas (FEREDE).

De todas estas tareas va este libro que dedico:

*A todos mis compañeros de ministerio que se entregan
de corazón a servir a las almas y al Señor,
esforzándose por cumplir lo mejor posible
el propósito que Dios les ha encomendado,
con el deseo de serles útil,
aunque solo sea un poquito.*

*Y, por supuesto, a Pilar, mi esposa,
a mis hijos y a mis nietos.*

ÍNDICE

Introducción.....	13
1. La visión de un ministerio que se multiplica	19
2. Cuestión de olfato.....	29
3. Paternidad espiritual.....	47
4. Enseñar, instruir, adiestrar	61
5. Tiempo de volar	77
6. Riesgos y peligros.....	87
7. Supervisar, aconsejar, acompañar	95
8. Disponibilidad en libertad.....	113
9. La mayoría de edad.....	121
10. Fruto sano y perdurable.....	127
11. La hora del relevo	133
Epílogo: ¿Y ahora qué?.....	145
Bibliografía	151

Después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, Iconio y Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándolos a que permanecieran en la fe... Constituyeron ancianos en cada iglesia y, después de orar y de ayunar, los encomendaron al Señor en quien habían creído.

Hch 14:21-23

Aunque tengáis diez mil maestros en Cristo, no tendréis muchos padres, pues en Cristo Jesús yo [Pablo] os engendré por medio del evangelio.

1 Corintios 4:15

INTRODUCCIÓN

El **principio de la multiplicación** se encuentra en las Escrituras desde el mismo libro de los orígenes que es el Génesis. Los primeros seres vivos que aparecen en la tierra son las plantas, es decir, todo el mundo vegetal, “cuya semilla está en él, según su especie” (Gn 1:12). Así nos dice la Escritura. La semilla es el germen, la fuerza reproductora que le otorga su potencial de futuro. Tras el mundo vegetal, creó Dios los seres acuáticos y las aves, a los que dijo “Fructificad y multiplicaos” (v. 22). A los seres que poblarían la tierra firme les dio igualmente la capacidad de reproducirse, cada uno de ellos según su especie. A los seres humanos, personificados en Adán y Eva, “los bendijo Dios y les dijo: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (v. 28). Así que, crecer, reproducirse, multiplicarse, es un principio vital de la creación divina.

Si pasamos a la dimensión del espíritu y del reino de Dios, esos mismos principios que rigen para el mundo material rigen también para el mundo espiritual y, por tanto, para el desarrollo y crecimiento de la obra de Dios en cuyo medio se desarrollan nuestros ministerios cristianos. Todo ministerio cristiano es llamado a crecer, desarrollarse y multiplicarse. De eso trata este libro. El ministerio de pastor es uno de los más necesarios para el bienestar de la iglesia, pero no es el único. Además, los otros ministerios también son necesarios. Lo importante

es responder al Señor según su propósito para cada uno de nosotros y serle fiel en el cumplimiento de la misión que se nos encomiende, sea pastorear, evangelizar, enseñar, etc.

Cuando Jesús comienza su ministerio público, tras cuarenta días en el desierto a solas con el Padre –salvo los encuentros fallidos de Satanás para tentarle y destruir así los propósitos de su venida– su primera decisión es cambiar de domicilio: se muda de la recóndita y humilde aldea de Nazaret a la mucho más populosa y abierta ciudad de Capernaum, situada a orillas del mar de Galilea o lago de Tiberíades. Evidentemente, era este un emplazamiento mucho más estratégico para sus fines, porque el desplazamiento por el lago era mucho más fácil y rápido y no eran pocas las ciudades asentadas en sus orillas, a las que así podía llegar con mucha mayor rapidez y facilidad. Además, cumplía así con la profecía de Isaías que dice:

¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles!
El pueblo que habitaba en tinieblas vio gran luz,
y a los que habitaban en región de sombra de muerte,
luz les resplandeció. (Mt 4:15-16; Cf. Is 9:1-2).

Después, tras ese cambio práctico –y estratégico– la primera necesidad de Jesús al iniciar su ministerio como alguien que tiene un mensaje que transmitir y algo que enseñar, fue la de obtener seguidores, y por eso recorre las orillas del mar de Galilea *ojeando* al personal. Su ojo divino, capaz de discernir los corazones, se posa sobre dos hermanos, Simón y Andrés, dos rudos pescadores locales a quienes llamó, diciéndoles: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres” (Mt 4:19). Un poco más adelante, siguiendo su recorrido escrutador, se fijó igualmente en otros dos pescadores, Jacobo y Juan, a los que también llamó invitándoles a que le siguieran. Llama la atención la respuesta de ellos, porque “dejando al instante las redes, lo siguieron”, en el caso de Simón y Andrés, y “dejando al instante la barca y a su padre, lo siguieron” (Jacobo y Juan). Así lo cuenta el evangelista Mateo. ¿Qué capacidad de persuasión o qué carisma, como se dice hoy, tenía para ellos aquel supuestamente desconocido Jesús? Hoy sabemos mucho acerca de él y lo vemos como divino –que lo era y lo es– y, lógicamente,

por tanto, digno de ser seguido, pero ¿y entonces, en aquel momento, si nos ponemos en el lugar de los discípulos?, ¿qué sabían de él, por qué acudieron al instante dejándolo todo para ir tras él? En el caso de Jacobo y de Juan, si admitimos como dicen algunos que eran sus primos y, por tanto, se conocían, una invitación así parecería bastante natural, así como también la respuesta. En todo caso, esta fue positiva e inmediata.

Volviendo al asunto que nos ocupa, vemos a un Jesús *de pesca*, buscando a otros *pescadores* que, como él mismo les explica, se dedicarían a *pescar hombres* (aquí la palabra griega es *anthropos*, que se refiere tanto a hombres como a mujeres). El evangelio de Jesucristo, aunque algunos pretendan desacreditarlo diciendo que es machista, es integrador y no discriminatorio, aunque por razones propias de su época escogiera para ser sus apóstoles a doce varones.¹ No obstante, como bien reflejan los evangelios, las mujeres estuvieron íntimamente ligadas al ministerio de Jesús. Nunca juzguemos los hechos del pasado con los criterios de hoy.

En nuestro tiempo, al personal especializado en recursos humanos que busca a los mejores profesionales para las empresas se le aplica el término de *caza-talentos*, empleando la metáfora de la caza en vez de la pesca, pero es equivalente. Con todo, quiero dejar claras las distancias entre ambos procesos, porque de lo que hablamos aquí es del ministerio cristiano y no de una mera profesión secular o incluso religiosa, por muy provechosa y digna que esta pueda ser; y nuestra selección es para la obra de Dios, para la que se requieren determinadas aptitudes y actitudes del corazón y, por supuesto, un claro propósito de parte de Dios. La iglesia, en la que nacen, se prueban, se desarrollan los ministerios cristianos y después ejercen su función, no es una empresa, ni una fábrica, ni un comercio. Sus fines y sus medios son otros bien distintos. Pero Jesús también tuvo que hacer su *selección de personal*, utilizando esta expresión actual del lenguaje empresarial, tal como nos cuenta Marcos:

Después subió al monte y *llamó a sí a los que él quiso*, y vinieron a él. *Designó entonces a doce* para que estuvieran con él, para

¹ La sociedad de su tiempo no admitía el testimonio de las mujeres, y la función de los doce sería la de ser testigos de la vida, muerte y resurrección del Maestro.

enviarlos a predicar y que tuvieran autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios: a Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro, a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a Juan, hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boanerges, es decir, “Hijos del trueno”; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón, el cananeo, y Judas Iscariote, el que lo entregó (Mr 3:13-19)².

¿Qué hizo Jesús? Llamó a unos cuantos de sus discípulos para asignarles una tarea específica. Estaba *construyendo* ministerios futuros, aquellos rudos y torpes personajes cuyos nombres nos son dados por Marcos y que incluían a un futuro traidor; fueron los hombres seleccionados por Jesús para *estar con él, predicar y asumir autoridad*. Y esa es también nuestra tarea como siervos de Dios y específicamente como pastores. Jesús los conocía bien y sabía de sus limitaciones y carencias, pero sabía que eran materia bruta pero moldeable y que el Espíritu Santo haría lo necesario para desbastarlos, limar sus asperezas, y conseguir un material suficientemente válido para cumplir con una misión extraordinaria.

El apóstol Pablo le escribe a Timoteo: “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Tm 2:2). Es un texto que quien me llevó al ministerio, el misionero José Antonio Aldapa, nos hizo aprender de memoria, a mí y a otros cuantos más, para que nunca se nos olvidara como siervos de Dios y que habremos de repetir en más de una ocasión. Es nuestra tarea como siervos o siervas de Dios, ser capaces de transmitir a otros la visión recibida –evidentemente, si es que la hemos recibido, porque muchos van de un lado para otro sin visión alguna, un poco a ciegas o despistados– un legado al que Pablo llama “el depósito del evangelio”. Cuando lo hacemos, estamos construyendo ministerios, edificando vidas útiles para el servicio del Señor.

Uso la palabra *construir* porque es bíblica, sinónima de *edificar*, que también lo es. No hablo para nada de fabricar, palabra que indica una labor mucho más artificiosa, porque los ministerios ni se inventan, ni

² Las citas bíblicas son a lo largo del libro, salvo si se indica lo contrario, de la RV95, de las SBU. Igualmente, las cursivas, si las hay, son mías, salvo si hay palabras en idioma distinto al español, para las que la norma exige el énfasis.

se fabrican, ni se producen en serie. Tampoco se levantan por sí mismos. No hay ninguna institución, ni humana ni eclesiástica, que consiga producir en serie ministros del evangelio, simplemente porque transiten con éxito académico por sus aulas o pasillos. Los levanta el Espíritu Santo, pero con la colaboración nuestra e, incluso, con la de tales instituciones, tal como iremos viendo a continuación.

A lo largo del libro insistiré en el uso de este verbo que me resulta altamente expresivo. El apóstol Pablo utiliza la metáfora cuando escribe a los corintios: “Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, *edificio de Dios*. Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo, como *perito arquitecto*, puse el fundamento, y otro *edifica* encima; pero cada uno mire cómo *sobreedifica*” (1 Cor 3:9-10). Es toda una labor de *construcción*.

En los capítulos que siguen, trataré de aportar mi propia experiencia, con toda humildad y sin pretender dar lecciones a nadie, pero creyendo que la experiencia de unos puede ser enriquecedora y útil para muchos otros. Ese es mi deseo y oración para este libro que entrego con todo aprecio y cariño para mis compañeros de ministerio y cualquiera a quien pueda ser útil por una u otra razón. Mi dedicatoria va también para los valientes que se atrevan a responder positivamente a la voz de Dios que es quien “envía los obreros a la mies”. Recibir la llamada de Dios es un privilegio; responder a su voz, nuestra responsabilidad. Toda una oportunidad que no podemos malograr.

CAPÍTULO 1

La visión de un ministerio que se multiplica

Si quiero servir al Señor me es fundamental saber qué quiere él de mí; es decir, cuál es mi propia visión sobre el ministerio que Dios me ha encomendado. ¿Cómo podemos hacer la voluntad de Dios si no la conocemos? ¿Nos basta, acaso, tener una vaga noción de cuál es nuestra tarea; algo así como “predicar el evangelio” y ya está? Si es así, no llegaremos muy lejos, ni en los resultados, ni en nuestra perseverancia como ministros del Señor. Llegará un momento cuando, viéndonos sin rumbo, confundidos y sin un propósito definido y claro, sin resultados tangibles que merezcan la pena y nos motiven, nos desanimaremos y estaremos tentados de tirar la toalla. Por tanto, necesitamos tener una idea clara de a qué nos llama el Señor y para qué.

Cuando hablamos de *nuestro* ministerio hemos de hacerlo sin que entendamos por ello que es algo de nuestra propiedad, sino que es, más bien, una responsabilidad –una misión– que nos ha sido encomendada y por eso la llamamos “nuestra”. Así lo reconoce Pablo: “Si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el evangelio! Por eso, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, *la comisión me ha sido encomendada*” (1 Cor 9:16-17). Pablo conocía bien cuál era su ministerio y lo que Dios esperaba de él. Expresado de otra

manera añade en su segunda carta a los corintios: “Persuadimos a los hombres; pero a Dios le es manifiesto lo que somos, y *espero que también lo sea a vuestras conciencias*” (2 Cor 5:11), y podemos decir, a las nuestras hoy, puesto que esa palabra nos concierne a nosotros, veinte siglos más adelante.

Hecha esta salvedad, ¿cómo definimos, pues, *nuestro* ministerio? ¿Qué soy y cómo soy? ¿Cuál es mi llamamiento real? ¿Qué tarea se me ha encomendado y qué espera Dios de mí?

En la introducción hemos hablado de Jesús. Él sabía bien *quién* era y *para qué* había venido a este mundo. Lucas nos cuenta en su evangelio cómo, después de haber pasado cuarenta días en el desierto y haber rechazado las tentaciones de Satanás, “volvió en el poder del Espíritu a Galilea”. En el capítulo cuatro narra su visita a la sinagoga de Nazaret, la ciudad donde había vivido sus últimos años, y cómo

«se le dio el libro del profeta Isaías y, habiendo abierto el libro, halló el lugar donde está escrito: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto *me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor*”» (Lc 4:17-19).

Después de leer este texto profético, entregando el libro al oficial de la sinagoga, dijo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (v. 21). Se ve, por lo que sigue en su relato, que todos entendieron que se lo estaba aplicando a sí mismo. Jesús conocía bien *para qué* había sido ungido por el Padre: era el Mesías prometido a Israel, llamado a sanar al pueblo de sus miserias y salvar a toda la humanidad. Su vida, su razón de ser, tenía un propósito definido y claro, y él lo conocía. Ahora tenía que darlo a conocer al mundo para que el mundo se beneficiara de él.

El otro ejemplo es Pablo, quien también tenía claro cuál era su llamamiento y su función en los planes de Dios: “Hablo a vosotros, gentiles. Por cuanto *yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio*” (Rm 11:13). Pablo honra su ministerio al ser consciente de su misión y cumplir con sus objetivos. ¿Cuáles eran estos? Tal como él mismo

especifica: los gentiles; toda aquella humanidad ajena al pueblo de Israel, beneficiaria también de la gracia divina conforme a la promesa hecha a Abraham de que su descendencia sería una fuente de bendición a toda la raza humana. Es lo que declara ante Agripa y Berenice: “Los gentiles, a quienes ahora te envío para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (Hch 26:17-18). Es Jesús mismo quien le habla y quien lo envía a cumplir una misión de trascendencia universal.

¿Cuál es nuestro encargo personal e intransferible de parte de Dios? Podemos decir, “Dios me ha llamado a ser pastor”, o quizá, “mi ministerio es ser evangelista”, o cualquier otro, como inspirar y dirigir al pueblo de Dios a la adoración por medio de la música; pero además de eso Dios es siempre claro y específico y, como en el caso de Jesús o de Pablo, como con Abram, Moisés, o de cualquiera otra persona a quien Dios llamara en el pasado, como lo hace en el presente, él nos declara el *cuándo*, el *dónde* y el *para qué*. Incluso *con quién*. ¿Acaso alguien, al ser contratado por una empresa, llega su primer día de trabajo y es acogido por el jefe diciéndole: «¡Bienvenido, ya eres empleado de esta empresa; siéntate donde quieras y haz lo que creas oportuno que tienes que hacer!?»». ¿No se le especificará desde el mismo momento de su contratación una descripción de responsabilidades?, ¿de cuándo comienza a trabajar, dónde y para qué se le contrata?, ¿a qué equipo o grupo de trabajo se le asigna? ¿Será un directivo, un administrativo, un vendedor, mozo de almacén o un repartidor? Llegar a una conclusión correcta y cabal forma parte del proceso de construcción de un ministerio y, por tanto, no puede faltar en ese proceso. A la vez es absolutamente necesario para el buen éxito de la misión a desempeñar. Ahora bien, como en todo aprendizaje, hay enseñanzas generales y enseñanzas específicas que nos llevarán a adquirir las competencias oportunas para cada caso, las cuales tendremos que adquirir con la práctica y el tiempo y harán que nuestro ministerio sea efectivo produciendo el fruto que se espera de él.

Los que ya somos ministros del Señor, reconocidos y, por tanto, estamos en el ejercicio real y práctico del ministerio, somos responsables de tenerlo claro YA.

Se supone que somos maduros y que, llegados a ese nivel de madurez ministerial, hemos de estar preparados para ampliar nuestro

ministerio y llevarlo así a su plenitud mediante la reproducción, “conforme a nuestra propia especie”. Tener un hijo o una hija siempre es un gran motivo de felicidad en la vida. Engendrar y criar en salud nuevos ministerios es parte del cumplimiento del nuestro y algo que también produce una tremenda satisfacción espiritual. Por eso es importante que sepamos quién y qué somos en el servicio del Maestro, nuestro Señor, para poder así reproducirnos conforme a *nuestra propia especie*.

Dice el libro del Génesis: “Vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y le puso por nombre Set” (5:3). Seguramente nuestra vida ministerial no sobrevivirá a ciento treinta años; quizá treinta, cuarenta o cincuenta, puede que incluso algo más, pero hemos de ser capaces de construir otros ministerios a nuestra semejanza; ministerios que, aún pareciéndose a nosotros, serán autónomos y con personalidad propia, pues *semejanza* no es lo mismo que *copia*, pues estas están por naturaleza devaluadas frente al original, por muy buenas que sean. Además, cada generación requiere una redefinición de términos, puesto que la humanidad no es estática y evoluciona en los modos y las formas, en la cultura y en la misma percepción de la vida. Son muchos los cambios a los que están sometidas las sociedades humanas y nosotros, como ministros del Señor, no estamos ajenos a tales cambios, sean estos sociales, demográficos, políticos, tecnológicos, culturales, etc. Muchos de estos cambios serán positivos, haciendo progresar a la sociedad; muchos otros serán degenerativos o regresivos, haciéndola retroceder a etapas ya superadas, pero que vuelven a resurgir con fuerza, aunque vengan disfrazados de progreso. Tanto en un caso como en el otro, como siervos de Dios, hemos de saber adaptarnos a esos cambios, aprovechando los progresos verdaderos y protegiéndonos y combatiendo contra la degeneración rampante. Evolucionar forma parte de la vida. También hemos de poder ponerle nombre que identifique nuestra progenie espiritual y a su vez la diferencie de nosotros, pues como ministros maduros construimos otros ministerios, pero no producimos clones nuestros. Darles nombre, como hizo Adán con Set, significa exactamente proveerles de una identidad propia que los diferenciará de nosotros y definirá su razón de ser; no lo olvidemos. Nuestra vida ministerial concluirá un día, pero nuestro ministerio nos sobrevivirá con un impacto e influencia mucho más duraderos. Hemos de saber “liberar” de nosotros mismos

a quienes nos siguen, para que no nos convirtamos en lastre para su propio desarrollo y realización. Más tarde o más temprano, la propia naturaleza lo hará, así que mejor hacerlo a tiempo, en el tiempo de Dios y por propia iniciativa y no por imposición traumática.

Si, a modo orientativo y sin intención de prejuzgar nada, tratamos de clasificar mínimamente el ministerio, sea nuestro o de otra persona, podemos fijarnos en algunos detalles:

- El ministerio cristiano es múltiple y variado. Los distintos textos neotestamentarios así nos lo describen:

Unos [son] apóstoles; ...otros, profetas; ...otros, evangelistas; ...otros, pastores y maestros (Ef 4:11).

De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero *no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, [...] según la gracia que nos es dada: el que tiene el don de profecía, úselo conforme a la medida de la fe; el de servicio, en servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con generosidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría (Rm 12:4-8).*

Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas (1 Cor 12:28).

Cada uno *según el don que ha recibido*, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la *multiforme* gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo (1 P 4:10-11).

Es evidente, por los distintos textos citados aquí, que hay diversos ministerios, con funciones diversas. ¿Cuál es el nuestro?

- Una de las funciones más comunes y extendidas es la de responsable de una iglesia, identificada con la tarea del *pastor*. En el Nuevo Testamento pastor, anciano y obispo son palabras sinónimas, aunque, como bien sabemos, la sinonimia no significa igualdad de significado, pues cada término tiene sus matices propios que lo diferencian de sus sinónimos. Los tres vocablos se refieren en el Nuevo Testamento a la misma persona, pero

cada uno de ellos resalta un aspecto de su función. Si empezamos por la de anciano (en griego *presbíteros*), lo que se resalta es su autoridad o posición de gobierno en la comunidad. Así se llamaba a los dirigentes de Israel, los de las sinagogas, etc. La de obispo (en griego, *episkopos*) resalta su función de cuidado y vigilancia, de supervisión, para que todo vaya como debe de ir; y la de pastor (en griego, *poimen*) hace referencia a la labor de alimentar y cuidar del rebaño, la grey, los creyentes. Muchos de nosotros somos pastores y, por extensión, también las otras cosas. El apóstol Pedro, supuesto primer Papa para algunos, se identifica como *anciano*, junto con los demás que ejercen ese mismo ministerio, y después les pide: “apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella”. La división jerárquica de obispos, presbíteros y diáconos es ajena al primer siglo de vida de la iglesia cristiana y comienza a perfilarse a partir del segundo siglo, al ir creciendo la iglesia, a medida que se estructura y por razones organizativas, que no teológicas.

- Podemos ser pastores que entendamos nuestro ministerio como una función a realizar en la iglesia local, atendiendo a los fieles en sus necesidades, llevando a efecto las diferentes celebraciones propias, como son la predicación, la consejería, el culto regular, la Santa Cena, bautismos, casamientos, funerales, etc., entendiendo que, cuando corresponda, seremos sustituidos por alguien que hará lo mismo que hacemos nosotros hoy y ¡adiós, muy buenas! Lógicamente, este modo de pastorear no estará muy preocupado por buscar quien continúe la labor, porque para eso ya se encargan otros, sea el Consejo de Iglesia, la denominación, o el propio Espíritu Santo. Incluso, en algunos casos, buscar la continuidad se verá como una amenaza. Se busca la estabilidad, sobre todo si el *puesto* garantiza una vida tranquila y segura.
- En otros casos, ser pastor en un determinado lugar no es más que una oportunidad de promoción hacia destinos más atractivos, sobre todo si se está comenzando en el ministerio. Lógica y bíblicamente, nuestro ministerio ha de progresar, y Dios nos usa hoy en el lugar que él quiere y conoce dónde nos pondrá mañana, según sus planes, a los que debemos estar abiertos. Cuando la promoción viene de Dios, guiada por su Espíritu, no hay

problemas. Los hay cuando es nuestra mente quien elabora las estrategias para tal promoción, cuando nuestras motivaciones son la ambición y el afán de notoriedad; entonces todo se enraece. Hay que saber empezar con lo poco y, si se es fiel en lo poco, avanzar hacia lo que es más. Mil oportunidades habrá. Simplemente, no nos adelantemos a los planes de Dios, porque todo tiene un propósito, él tiene su propia escuela para nosotros y controla los tiempos, las circunstancias y las oportunidades, pues “todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora” (Ecl 3:1), como bien nos recuerda el rey sabio.

- Si vemos el pastorado o cualquier otro ministerio como el propósito de Dios para nuestra vida y que, en el futuro, Dios tiene nuevos retos para nosotros, nuestro corazón disfrutará de lo que en el presente Dios esté haciendo y mirará al futuro con confianza de que él cumplirá su voluntad en nosotros: “El Señor cumplirá su propósito en mí”, dice el Salmo 138:8. Él nos llevará “de fe en fe, de poder en poder, transformados de gloria en gloria” (Rm 1:17; Sal 84:7; 2 Cor 3:18). La vida en el Espíritu es una vida de crecimiento y desarrollo; como en la vida natural, nada es estático, solo lo que está muerto permanece quieto e inerte. El ministerio, igualmente, cuando sigue los cauces marcados por el Espíritu, se expande y crece hasta cumplir su propósito pleno. Al final de su carrera, Pablo exclama: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Tm 4:7-8). Había cumplido los objetivos que el Señor le había marcado. Pero hemos de confiar en él para hacernos avanzar por las diferentes etapas que nos tocará recorrer, sin retrasarnos ni adelantarnos en los tiempos que su Espíritu nos marque; a su ritmo, no al nuestro; a su manera, no a la nuestra. Y en ese recorrido entra la tarea ineludible de buscar a otros que se encarguen de dar continuidad a nuestro ministerio, porque la obra del Señor ha de seguir y hay metas que nos superan a nosotros, seres finitos, de vida limitada, pues se extienden hacia el futuro. Nunca olvidemos que, seamos conscientes de ello o no, hacemos historia, que edificamos para las generaciones futuras que nos seguirán en el tiempo.

Por eso es importante saber a qué grupo de estos pertenecemos, dónde nos situamos. Se puede servir al Señor de muchas maneras, pero es claro que una forma más positiva es entender que nuestra responsabilidad también es trabajar por la continuidad de la obra de Dios, y eso se hace construyendo otros ministerios que continúen nuestra labor, pues no en vano Pablo explica el objetivo de los cinco ministerios básicos de apóstol, evangelista, profeta, pastor y maestro, que es “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” según Efesios 4:12, donde *perfeccionar* ha de entenderse como *equipar* o *llevar a la madurez* a los santos –los creyentes– para la obra del ministerio, con el objetivo primordial de edificar el cuerpo de Cristo, es decir, la iglesia.

Si queremos ser fieles a este texto hemos de entender que nuestra función como pastores es equipar a otros para el ministerio, es decir, construir otros ministerios. Es lo que Pablo encarga a Timoteo en el texto mencionado anteriormente y que necesitamos repetir aquí: “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Tm 2:2). Es una tarea que no podemos eludir ni relajarnos en su cumplimiento. Quizá nos hemos acostumbrado a que sean los pastores y algún que otro “ministro” quienes lo hagan todo, cuando es la grey la llamada a ministrar al mundo. Con frecuencia lo confiamos todo a esos superministros famosos, personajes de éxito en sus medios, para que vengan y hagan en los nuestros lo que hacen allí en los suyos, esperando ver los mismos resultados que tanto envidiamos, en vez de confiarlo todo al Dios todopoderoso que obra por medio de su Espíritu Santo en respuesta a nuestra fe. No niego el valor de lo que nos puedan aportar tales ministerios, pueden enseñarnos muchas cosas, dar fe de lo que Dios hace cuando verdaderamente se confía en él, pero si ponemos nuestra fe en ellos más que en el Dios vivo, creo que estaremos manifestando una fe errónea y, por tanto, deficiente o incluso estéril.

En la carta que Pablo escribe a Tito le recuerda: “Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieras lo deficiente y establecieras ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé” (Tt 1:5). La obra del misionero no está completa si no deja como resultado iglesias maduras, y las iglesias maduras han de cumplir con los tres requisitos básicos de la obra misionera: capacidad de gobierno; es decir, líderes; capacidad para

financiarse a sí misma; es decir, fondos monetarios; y capacidad para extenderse por sí misma, lo que se plasma creando nuevas iglesias. Eso es lo que faltaba en Creta. Tito, como parte del equipo de Pablo, había sido dejado allí por él para completar el trabajo iniciado. Dejar establecidas -seleccionar, probar, designar y nombrar oficialmente- personas idóneas y capaces que asumieran la dirección de esas iglesias era parte importantísima de ese trabajo. Esa es también nuestra responsabilidad hoy, responsabilidad que no podemos eludir.